



el rescate y la memoria

Italo Svevo (Trieste, 1861 - Motta di Livenza, 1928)



Italo Svevo
(Trieste, 1861 - Motta di Livenza, 1928)

Italo Svevo es el pseudónimo de Aron Ettore Schmitz. Fue empleado bancario y luego se dedicó al comercio. A consecuencia del tratamiento psicoanalítico de su cuñado, Bruno Veneziani, con Freud, Svevo se interesó en el psicoanálisis y, en colaboración, con Aurelio Finzi, un sobrino suyo médico tradujo *La interpretación de los sueños*. En 1907 conoció a James Joyce, que se encontraba exiliado en Trieste. Se hicieron amigos y colaboraron literariamente. En su tercera novela, *La conciencia de Zeno*, el protagonista utiliza el psicoanálisis para descubrir la causa de su adicción al tabaco. Tal y como revela en sus memorias -que dice escribir a causa de la insistencia de su psiquiatra- cada vez que ha dejado de fumar lo ha hecho con la férrea decisión de que ese sería su último cigarrillo, sintiendo con ello la estimulante sensación de que su vida comienza de nuevo. Esta sensación, sin embargo, es tan fuerte y agradable que le impulsa a fumar de nuevo, aunque sólo sea para sentirla una vez más al volver a dejar de fumar. Svevo fue un gran fumador. Ya moribundo, tras ser atropellado por un automóvil, solía pedir un cigarrillo a sus visitantes intentando convencerles de que ese sería realmente su último cigarrillo. Entre sus múltiples obras se destacan: *Una vida* (1892), *Senectud* (1898), *La conciencia de Zeno* (1923), *La madre*, *Una burla conseguida*, *Vino generoso*, *La historia del buen viejo y la bella muchacha* (todas en 1926) y *Terceto despedazado* (1927).

La conciencia de Zeno. Fragmentos del Capítulo “*El tabaco*”

El doctor a quien hablé de mi propensión a fumar, me dijo que iniciara mi trabajo con un análisis de ella:

— ¡Escriba! ¡Escriba! Verá cómo llega a verse entero.

En realidad, creo que del tabaco puedo escribir aquí, en mi mesa, sin ir a soñar en la hamaca. No sé cómo empezar y pido ayuda a los cigarrillos, todos tan parecidos al que tengo en la mano.

Hoy descubro algo que ya no recordaba. Los primeros cigarrillos que fumé ya no están a la venta. Hacia 1870 teníamos en Austria esos que se vendían en cajetillas con el sello del águila imperial. Ya está: en torno a una de esas cajetillas se agrupan al punto varias personas con rasgos suficientes para sugerirme su nombre, pero no para conmoverme por el inesperado encuentro. Intento obtener más y me voy a la hamaca: las personas se desdibujan y en su lugar aparecen bufones que se ríen de mí. Vuelvo a la mesa desalentado.

Una de las figuras, de voz algo ronca, era Giuseppe, un joven de mi edad, y otra, mi hermano, un año más joven que yo y muerto hace mucho tiempo. Al parecer, Giuseppe recibía mucho dinero de su padre y nos regalaba aquellos cigarrillos. Pues estoy seguro de que daba más a mi hermano que a mí. Por lo que me vi en la necesidad de conseguirme otros por mi cuenta. Así llegué a robar. En verano mi padre dejaba sobre una silla su chaleco, en cuyo bolsillo había siempre algunas monedas: cogía los cincuenta céntimos necesarios para comprar la preciosa cajetilla y me fumaba uno tras otro los diez cigarrillos que contenía, para no guardar por mucho tiempo el comprometedor fruto del hurto.

* * *

Recuerdo haber fumado mucho, escondido en todos los lugares posibles. A causa del fuerte malestar físico que siguió, recuerdo haber permanecido durante media hora en una bodega oscura junto a otros dos muchachos, de los que sólo conservo en la memoria lo infantil de sus vestidos: dos pares de pantalones cortos que se sostienen en pie porque dentro hubo un cuerpo que el tiempo eliminó. Teníamos muchos cigarrillos y queríamos ver quién era capaz de fumar más en poco tiempo. Yo vencí y heroicamente oculté el malestar que me produjo aquel extraño ejercicio. Después salimos al sol y al aire. Tuve que cerrar los ojos para no caer aturdido. Me recobré y

me jacté de la victoria. Uno de los dos hombrecitos me dijo entonces:

— A mí no me importa haber perdido, porque yo sólo fumo lo que necesito.

Recuerdo esas palabras sanas y no la carita, sana también, desde luego, que debía de estar vuelta hacia mí en ese momento.

Pero entonces yo no sabía si me gustaba o detestaba el cigarrillo y su sabor y el estado en que me ponía la nicotina.

Cuando supe que detestaba todo eso, fue peor. Y lo supe a los veinte años más o menos. Entonces padecí durante unas semanas un violento dolor de garganta, acompañado de fiebre. El doctor me ordenó guardar cama y la abstención absoluta de fumar. Recuerdo esa palabra: ¡absoluta! Me hirió y la fiebre le dio color: un gran vacío y nada con qué resistir la enorme tensión que en seguida se produce en torno a un vacío.

Cuando el doctor me dejó, mi padre (mi madre había muerto hacía muchos años), con el puro en la boca y todo, se quedó un poco a hacerme compañía. Al marcharse, después de haberme pasado con suavidad la mano por la frente, que abrasaba, me dijo:

— ¡No fumes, eh!

Fui presa de una inquietud enorme. Pensé: “Puesto que me hace daño, no volveré a fumar nunca, pero antes quiero hacerlo por última vez.” Encendí un cigarrillo y al instante me sentí liberado de la inquietud, pese a que la fiebre había aumentado y a cada calada sentía en las amígdalas la misma quemazón, como si me las hubieran tocado con un tizón ardiendo. Acabé todo el cigarrillo con el esmero con que se cumple un voto. Y, sin dejar de sufrir horriblemente, me fumé muchos otros durante la enfermedad. Mi padre iba y venía con el puro en la boca y me decía:

— ¡Muy bien! ¡Unos días más de abstenerte de fumar y estarás curado!

Bastaba esa frase para hacerme desear que se fuera pronto, pero pronto, para poder lanzarme sobre un cigarrillo. Incluso fingía dormir para inducirlo a alejarse antes.

Aquella enfermedad me ocasionó el segundo de mis tormentos: el esfuerzo por liberarme del primero. Mis días acabaron llenos de cigarrillos y de propósitos de no volver a fumar y —me apresuro a reconocerlo todo— de vez en cuando siguen siendo los mismos. La ronda

de los últimos cigarrillos, formada a los veinte años, sigue en movimiento. El propósito es menos enérgico y mi debilidad encuentra mayor indulgencia en mi viejo ánimo. En la vejez se sonríe uno al pensar en la vida y en todo lo que encierra. Es más: puedo decir que, desde hace un tiempo, fumo muchos cigarrillos... que no son los últimos.

* * *

En la portada de un diccionario, encuentro esta anotación hecha con bella caligrafía y algunos adornos:

“Hoy, 2 de febrero de 1886, paso de los estudios de derecho a los de química. ¡Último cigarrillo!”

Era un último cigarrillo muy importante. Recuerdo todas las esperanzas que lo acompañaron. Me había enfurecido el derecho canónico, que me parecía tan alejado de la vida, y corría hacia la ciencia, que es la vida misma, aunque reducida a un matraz. Aquel último cigarrillo significaba precisamente el deseo de actividad (incluso manual) y de pensamiento sereno, sobrio y sólido.

Para escapar a la cadena de las combinaciones del carbono, en que no creía, volví al derecho. ¡Por desgracia! Fue un error y también lo señalé con un último cigarrillo, cuya fecha encuentro apuntada en un libro. También aquella fue importante y me resignaba a volver a esas complicaciones del mío, el tuyo y el suyo con los mejores propósitos, con lo que soltaba por fin las cadenas del carbono. Había demostrado ser poco apto para la química, entre otras cosas por falta de habilidad manual. ¿Cómo iba a tenerla, si seguía fumando como un turco?

Ahora que estoy aquí, analizándome, me asalta una duda: ¿me habrá gustado tanto el cigarrillo, tal vez, como para achacarle la culpa de mi incapacidad? ¿Habría llegado a ser el hombre ideal y fuerte que esperaba, si hubiese dejado de fumar? Tal vez fuera esa duda la que me encadenó a mi vicio, porque eso de creerse dotado de una grandeza latente es una forma cómoda de vivir. Lancé esa hipótesis para explicar mi debilidad juvenil, pero sin convicción firme. Ahora que soy viejo y nadie me exige nada, sigo pasando del cigarrillo al propósito y del propósito al cigarrillo. ¿Qué significan hoy esos propósitos? ¿Acaso me gustaría, como a ese viejo higienista descrito por Goldoni, morir sano tras haber vivido enfermo toda la vida?

Una vez, siendo estudiante, cuando cambié de habitación, tuve que pagar un nuevo tapizado de las paredes porque las había cubierto de fechas. Probablemente abandoné esa habitación porque se había convertido en el cementerio de mis buenos propósitos y no creía posible concebir otros en ese lugar.

Creo que el cigarrillo tiene un gusto más intenso, cuando es el último. También los otros tienen un gusto especial propio, pero menos intenso. El último recibe su sabor del sentimiento de la victoria sobre uno mismo y de la esperanza de un próximo futuro de fuerza y de salud. Los otros tienen su importancia, porque, al encen-

derlos, manifiestas tu libertad y el futuro de fuerza y de salud subsiste, pero se aleja un poco.

Las fechas sobre las paredes de mi habitación estaban escritas con los colores más diversos e incluso al óleo. El propósito, renovado con la fe más ingenua, encontraba expresión adecuada en la fuerza del color que debía hacer palidecer el dedicado al propósito anterior. Prefería algunas fechas por la concordancia de las cifras. Del siglo pasado recuerdo una fecha que me pareció debía sellar para siempre el ataúd en que quería encerrar mi vicio: “Noveno día del noveno mes de 1899.” Significativa, ¿verdad? El nuevo siglo me aportó fechas igualmente musicales: “Primer día del primer mes de 1901.” Aún hoy me parece que, si pudiera repetirse esa fecha, sabría empezar una nueva vida.

* * *

Había ido a ese médico porque me habían dicho que curaba las enfermedades nerviosas con la electricidad. Pensé que podría conseguir de la electricidad la fuerza necesaria para dejar de fumar.

El doctor tenía una gran panza y su respiración asmática acompañaba al golpeteo de la máquina eléctrica puesta en marcha en seguida, a la primera visita, que me desilusionó, porque había esperado que el doctor, al estudiarme, descubriese el veneno que me contaminaba la sangre. En cambio, declaró que me veía de constitución sana y, como me había quejado de digerir y dormir mal, supuso que mi estómago carecía de ácidos y que mis movimientos peristálticos (dijo esta palabra tantas veces, que no la he vuelto a olvidar) eran poco intensos. Incluso me dio a beber un ácido que me destrozó, porque desde entonces sufro de exceso de acidez.

Cuando comprendí que por sí solo no llegaría nunca a descubrir la nicotina en mi sangre, quise ayudarlo y expresé la sospecha de que mi indisposición debiera atribuirse a aquella. Se encogió de hombros con fatiga:

—Movimientos peristálticos... ácido... ¡la nicotina no tiene nada que ver!

Fueron setenta las aplicaciones eléctricas y habrían continuado, si yo no hubiera considerado que ya había recibido bastante. Más que esperar milagros, corría a aquellas sesiones con la esperanza de convencer al doctor de que me prohibiera fumar. ¡Quién sabe cómo habrían ido las cosas, si mis propósitos se hubiesen visto reforzados por una prohibición del médico!

Y ésta fue la descripción de mi enfermedad que di al médico: “No puedo estudiar e incluso las raras veces que me voy a la cama temprano, permanezco insomne hasta los primeros toques de campanas. Por eso vacilo entre el derecho y la química, porque esas dos ciencias exigen un trabajo que comience a una hora fija, mientras que yo no sé nunca cuándo podré haberme levantado.”

—La electricidad cura cualquier insomnio —sentenció el Esculapio con los ojos siempre dirigidos al reloj en lugar de al paciente. ■